LAS HORAS

El hombre tiene exagerada idea
Del dolor y el placer: vendrán las horas,
Y ellas sabrán sacarte bienhechoras
Del espanto y dolor que te rodea.

(Ayala.—*Rioja.*)

I.

PRETERICIONES Y PROGRAMA.

Se ha escrito ya tanto y tan doctoralmente acerca de todas las cosas visibles é invisibles (suponiendo que en el mundo haya algo visible en totalidad, ni obscuridades absolutas para la prodigiosa intuición del alma humana), que bastan y sobran algunos minutos de trabajo físico, como, v. gr., hojear libros compuestos por el prójimo y copiar de ellos disimuladamente juicios y noticias, para que el hombre más ignorante y obtuso, sin necesidad de haber manejado el

telescopio, el microscopio, la balanza ni el alambique, pueda aparecer de pronto más sabio que Lepe, que Lepijo y que su hijo, ante los espantados ojos, con gafas ó sin ellas, de esos escritores y preceptistas sin humanidades que sólo conocen las comedias y zarzuelas de repertorio, las poesías modernas de mayor fama, tal ó cual novela mejor ó peor, los libretos de *Otelo, Fausto* y *Macbeth* (pero no las grandes obras de que están sacados) y toda la inútil predicación contra el idealismo, que todavía no ha enseñado á sus autores á escribir un libro que pueda leerse...

Por ejemplo: si yo quisiera engañar á semejantes literatos y críticos, echándosela de filólogo, matemático, astrónomo, relojero, canonista, etc., etc., hoy que pienso zurcir un artículo titulado *Las Horas,* no tendría más que extractar habilidosamente, y vender como descubiertas por mí, todas las noticias lingüísticas, históricas, geográficas y litúrgicas que acabo de hallar en mi propio despacho con sólo abrir media docena de libros

ajenos... Os revelaría, supongamos, la etimología de la palabra *hora,* no meramente en latín y en griego, sino también en sanscrito, en persa, en irlandés, en armoricano, en primitivo gótico, en escandinavo, en kurdo y en armenio, explicándoos con la mayor frescura las relaciones que existen, al decir de los que las han estudiado, entre los vocablos *hora, hôra, ôros, vâra, warah, bôr, heur, jêr, gear, jâr, ar* y *jahr*...—Podría discurrir como el más digno académico de Ciencias exactas sobre la hora *sideral,* la hora *media* y la hora *solar,* diciéndoos los kilómetros y hasta las pulgadas que recorre cada astro durante la *hora* verdadera...—Hablaría cuanto me diese la gana de la *hora de la pleamar,* asunto importantísimo, pues que todavía no hay acuerdo sobre el instante en que debe ser determinada: si cuando aparentemente deja de subir el Océano, si cuando principia á descender, ó si en el promedio del fenómeno, según las fases de la Luna, sus declinaciones y las del Sol, y la distancia á que cada día se hallan de la Tierra aquellos astros...—

Y, en fin, para lo tocante á *horas canónicas,* seguiría paso á paso los cambios que el tiempo, las costumbres... y los vicios han ido introduciendo en la liturgia de varias y distintas Iglesias, con relación al llamado *curso,* y luciría grandemente los conocimientos... de aquellos beneméritos autores que tratan á fondo acerca del rezo de *maitines* y *laudes, prima, tercia, sexta, nona, vísperas* y *completas,* con distinción de siglos, pueblos, estaciones, climas, reglas más ó menos estrechas y otras circunstancias terrenales...

Pues ¡no digo nada, si me metiese á hablar de las *horas mitológicas* de la India, del Egipto, de Grecia, de Escandinavia y de otros países donde, en mejores tiempos, hubo dioses y diosas!...—Mi aparente erudición ó instrucción rayaría en lo maravilloso; con lo que me nombrarían individuo honorario de todas las Academias europeas, bien que irrogara gran perjuicio á los genuinamente sabios que han gastado las mejores *horas* de su vida en averiguar todas esas cosas falsas, pero raras, y tienen, por ende, perfecto derecho á que se respete su propiedad científica y á que el público les compre sus divertidas obras cuando quiera saber tanto como ellos...

¡No! no voy á escribir un artículo erudito acerca de las *horas* consideradas en abstracto... Ni tan siquiera pienso explicar las razones porque la plebe romana cuenta todavía de un solo tirón, pasando de las doce á las trece, y de las trece á las catorce, y así sucesivamente hasta llegar á la hora veinticuatro; ni mucho menos intento referir la historia del reloj de bolsillo que le gané al dominó á Narciso Serra en tiempos del general San Miguel; ni cómo me las compuse, hace pocos meses, para trazar yo mismo, con mis propias manos, un reloj de sol; ni quién inventó los relojes de agua y de arena; ni cómo, en opinión de otro gran poeta contemporáneo, le faltan precisamente al día las seis horas necesarias para escribir versos...—Lo único que me propongo hacer hoy es fantasear un poco, en la órbita de la vida común, real y positiva, acerca del empleo que solemos

dar á las *horas;* examinar el reparto de nuestros placeres, ocios y trabajos dentro de la unidad cronológica de cada día; mirar, en fin, bajo este aspecto los entretenimientos y sandeces que constituyen casi toda la llamada *existencia,* durante la breve temporada que reside en el globo terráqueo el raro y misterioso viajero llamado *hombre.*

Tal es la materia, nada recóndita ni peregrina, del presente artículo. Sin embargo, para mayor orden y claridad del discurso, dividiré en tres grupos ó secciones las veinticuatro horas diarias, por el orden ó método siguiente, cuya invención no me pertenece tampoco en manera alguna:

1.ª sección: *La Mañana.*

2.ª sección: *El Mediodía* y la *Tarde.*

3.ª sección: *La Noche.*

Aun de esta ingeniosa clasificación resultarán forzosamente, atendidas la diversidad de costumbres de cada clase social y la varia manera de ser de sus individuos, que, para muchas personas, no hay *mañana;* que, para otras, no hay *noche,* y que aun el *mediodía* y la *tarde* son á veces indeterminados, según la hora de almorzar y de comer de cada quisque...—Pero todo ello lo tendremos en cuenta en nuestra disertación, como vais á ver inmediatamente.